

LA BASURA Y LA MAR



Las cifras son impresionantes: un pañal de niño tirado a la mar tarda 500 años en degradarse. Una botella de plástico 450. Y los aros de un pack de refrescos otros 400 años. Por no hablar de las bolsas de basura, los bidones o las piezas de plástico duro, tales como sillas y mesas, y un largo etcétera. Menos nocivos son los metales, sobre todo los de baja intensidad, latas, recipientes, y todo tipo de hierros, pues, los efectos de la corrosión acaban por hacerlos desaparecer en un tiempo mucho más razonable: 5 años para las latas y 10 para otros metales de mediano grosor. En este caso, la mar se alía de forma gratuita con el medio ambiente oxidando los metales de forma vertiginosa, y evitando el largo periodo de tiempo que los plásticos necesitan para desaparecer.

Y esto que en principio son frías pero reales estadísticas, en verano se convierte en un acuciante problema para los municipios, siempre carentes de medios para afrontar estas plagas. En todas nuestras costas nos cansamos de ver residuos de este tipo abandonados por los excursionistas. Una bolsa de plástico en cuyo interior queda la botella vacía de una bebida constituye un relicario demasiado persistente para la naturaleza, pues necesitará tres siglos para hacerlo desaparecer, si los servicios de limpieza no son capaces de recogerla a tiempo.

En los fondos de nuestros puertos hay miles de objetos de este tipo, fruto de la conducta irresponsable de algunos usuarios. En muchos lugares, sobre todo en los más turísticos, se ha puesto de moda que los buceadores locales junto a los profesionales de las instalaciones portuarias celebren un día de limpieza de los fondos del puerto, concluyendo la jornada con una comida de confraternización. Una iniciativa interesantísima que está ayudando a que los puertos deportivos vayan recuperando un buen estado de limpieza de sus fondos, que más tarde repercute en la calidad de sus aguas.

A pesar de colocar papeleras y contenedores, los puertos para el recreo y las playas son las fáciles víctimas para los miles de transeúntes que cada día circulan por esos espacios. Por eso es muy complicado para sus gestores controlar a los infractores e insolidarios que arrojan sus basuras al agua o las abandonan en la arena. Las cámaras de video vigilancia ayudan en el empeño de protección siempre que haya personal de seguridad suficiente.

Países como Francia o el Reino Unido ya pasaron este sarampión de porquería, y es difícil ver en sus aguas los residuos que por desgracia seguimos contemplando en

las playas y aguas costeras españolas. Y es justamente en detalles como estos en lo que todavía no hemos alcanzado a Europa. Y, aunque el mandato de nuestros políticos es muy corto, 500 años son demasiados para seguir viendo un plástico en el mismo lugar.